

The book cover features a painting of a woman with her hair in a bun, wearing a dark, long-sleeved dress with an apron, standing in a garden. She is surrounded by large, white, spherical flowers. In the background, there are tall, dark trees and a stone wall with pillars. The overall color palette is muted, with greens, blues, and earthy tones.

SONSOLES ÓNEGA  
LAS HIJAS  
*de la*  
CRIADA

PREMIO PLANETA 2023

AE  
& I  


Sonsoles Ónega



Las hijas de la criada

*Premio Planeta*

2023

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Sonsoles Ónega, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: Compañía

Primera edición: noviembre de 2023

Depósito legal: B. 17.530-2023

ISBN: 978-84-08-28017-0

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: EGEDSA

Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

—*Din que houbo parto no pazo dos Valdés.*

—*Quen cho dixo?*

—*Dixérono no porto e a nova voou como gaiivota de mar.*

*Pero dixeron máis.*

—*Que máis dixeron?*

—*Que, como criada e ama pariron ao mesmo tempo, iso é cousa de meigas.\**

\* —Dicen que hubo parto en el pazo de los Valdés.

—¿Quién te lo dijo?

—Lo dijeron en el puerto y la noticia voló como gaviota de mar. Pero dijeron más.

—¿Qué más dijeron?

—Que, como criada y ama parieron al mismo tiempo, eso es cosa de brujas.

PRIMERA PARTE

—

PUNTA DO BICO, FEBRERO DE 1900

## CAPÍTULO 1

---

Hay historias que permanecen escondidas durante siglos y merecen ser contadas. Historias de familias que se desvanecen con sus muertos, sepultadas bajo sus cenizas. La que empezó a forjarse tras los muros del pazo de Espíritu Santo es una de ellas.

Hasta ahora nadie se había atrevido a escribirla.  
Aunque voló como gaviota de mar.



Cuando los señores Valdés terminaron de cenar, el olor de la ría entró en el comedor y los persiguió hasta la sala de la chimenea, donde doña Inés sintió el frío del parto.

Llevaba varios días revuelta, pero no lo esperaba tan pronto. El parto previsto era el de la Renata, casada con Domingo, matrimonio de guardeses y campesinos de las tierras del pazo de Espíritu Santo.

La conjetura de que lo que iba a suceder en cuestión de horas también lo supiera don Gustavo Valdés se quedaría en eso, en una conjetura. En realidad, nadie podría confirmar lo que pasó después de aquella noche, lluviosa como todas las de febrero en Punta do Bico, provincia de Pontevedra.

El viento del norte zarandeaba los cristales y amenaza-

ba con romperlos en una de sus furiosas embestidas. Don Gustavo azuzó los leños de la chimenea y se sumergió en la lectura de un artículo sobre el cultivo de la remolacha que, de un tiempo a esa parte, se había revelado como un tubérculo interesante de cara a su explotación azucarera.

Doña Inés dijo que tenía contracciones, pero su marido no le prestó atención ni reparó en el púrpura de la cuenca de sus ojos ni en lo baja que tenía la tripa, vencida hacia los muslos. Distantes como estaban —él en su orejero, ella en la butaca tapizada a juego—, tampoco pudo advertir que doña Inés ardía de fiebre.

—No me encuentro bien, Gustavo —volvió a decir.

El marido levantó la vista del periódico.

—Acuéstate, mi amor. Ahora subo yo.

Doña Inés miró a su marido y lo vio tan embebido en *El Faro* que lo dejó estar. Salió de la sala y asomó la nariz en la cocina para pedir a Isabela, la criada, que le preparara una infusión bien caliente.

—Aunque no sé si llegaré a tomarla. Me siento a morir.

—¿Qué le pasa a mi señora?

—Me duele aquí.

Señaló con los dedos la zona baja de la barriga.

—Como si me estuvieran rajando la tripa.

—Suba a su habitación y yo le llevo una manzanilla.

—Manzanilla, no, Isabela. Tráigame una tila.

—¿Una tila?

—Sí, Isabela, una tila. ¿Jaime está dormido?

—Sí, señora. Como un ángel. No se preocupe por el niño. Suba, que enseguida llego yo. Tiene usted muy mala cara.

—¿Y la Renata?

La señora preguntó por la otra criada porque antes de acostarse le gustaba pasar revista a la intendencia.

—Se encerró en la casa a las seis de la tarde.

—¿Y no ha vuelto a salir?

—No, señora.

—¿De Domingo sabe algo?

—Andará en la cantina —contestó Isabela.

Doña Inés sintió un pinchazo en la barriga que la dobló hasta el suelo.

—¡Qué mala estoy! Para mí que nace hoy.

—Ay, no, señora. No diga eso. Que es domingo. Y no avisamos a la partera. ¡No le daría tiempo a llegar desde Vigo! ¡Es domingo! —repitió angustiada.

—¿Estará despierto el doctor Cubedo?

—No puedo saberlo, señora. Pero ya sabe que el doctor Cubedo no es de partos.

—Da igual. Vaya a buscarlo, por favor.

—¿Y dónde lo busco a estas horas?

—Estará en su casa o qué sé yo —contestó doña Inés.

Sujetándose la barriga con las dos manos, consiguió subir las escaleras que llevaban a la alcoba principal, y fue tumbarse en la cama y empezar a sentir unas contracciones desconocidas. No se parecían en nada a las que anunciaron la llegada de su primer hijo, Jaime, el año anterior. Eran secas y punzantes. Se tocó bajo el vientre y sacó la mano ensangrentada.

—¡Isabela! ¡Isabela! ¡No hay tiempo que perder!

—¿La que grita así es la señora? —preguntó sobresaltado don Gustavo.

Tiró el periódico al suelo y corrió escaleras arriba mientras Isabela, sin contestar a su señor, voló a buscar al doctor Cubedo. Lo encontró con el pijama puesto y a punto de torcer la barbilla hasta el día siguiente.

—Doctor, tiene que venir al pazo de los señores Valdés. Doña Inés se ha puesto de parto. ¡Se nos muere!

—¡Qué exagerada, mujer!



—No exagero ni un poco. Dice que siente como si le estuvieran rajando la tripa. ¡Aún no le tocaba, doctor! Dese prisa, por lo que más quiera.

—¿Cuánto le faltaba?

—¡Lo menos tres semanas!

—Según tus cálculos...

—Sí, señor. Según mis cálculos.

Fue tal la insistencia de la criada que el médico salió con lo puesto. Apenas le dio tiempo a echarse un abrigo por los hombros y a agarrar el maletín, olvidando el paraguas para la lluvia incesante. El barro de los caminos les impedía correr, a riesgo de escurrirse en cualquier momento, y el doctor Cubedo no estaba para sustos. Los perros aullaron y los gatos huyeron al oír el crujido de la verja del pazo. Subieron los peldaños de dos en dos, calados hasta los huesos y empapando la madera en cada zancada. En la habitación de los señores Valdés, don Gustavo parecía un alma en pena a los pies de la cama donde doña Inés había empezado a parir sin parir.

—¡Por lo que más quiera, doctor Cubedo, salve a mi mujer! —sollozó.

—No me diga eso, don Gustavo, que no es más que un parto.

—Este parto viene mal —sentenció el señor.

El médico se santiguó, se quitó la ropa mojada y se vistió una camisa seca y un pantalón de don Gustavo que le quedaba inmenso. El doctor Cubedo era un saco de huesos, metido de vientre, que no había manera de engordar.

—¿Dónde está el baño? Necesito lavarme las manos. Isabela condujo al médico.

—Escucha, muchacha. Hierve agua y me la traes cuando esté templada —le ordenó mientras se aseaba.

Salió del lavabo con las manos aún goteando, se acercó

a doña Inés y con la comisura de los labios comprobó que estaba ardiendo.

—Tenemos que desnudarla. Hay que bajar esta fiebre.

Desnudaron a la señora entre don Gustavo y el doctor, que mal que bien ayudó lo que pudo porque no había tiempo ni espacio para el recato.

—Cúbrala con una sábana fina y pida ropa vieja a la criada.

—Doctor, está sangrando —musitó don Gustavo al ver un reguero amarronado entre sus piernas.

Cubedo pidió el auxilio de alguna criada más, pero el señor dijo que, por ser domingo, la Renata ya se había retirado.

—Pero es una emergencia —replicó el médico.

—Es domingo y está descansando —contestó rotundo don Gustavo.

A Isabela, que lo oyó al entrar cargada con la palangana recién hervida, le corrió la rabia por las venas, pero no dijo nada porque, a fin de cuentas, ella también era criada de ese pazo y no quería jugarse los cuartos.

El doctor Cubedo se atropellaba dando órdenes a Isabela.

—Trae aquí el agua, trae el alcohol para desinfectar, trae mi maletín, trae...

—Voy, doctor, voy.

—¿No da tiempo a que venga la partera de Vigo? —preguntó el médico.

—No da tiempo, no —se lamentó Isabela.

Cubedo se sintió tan desasistido que la mandó al pazo de los señores de la Sardina.

—Su criada tiene mano en los partos —dijo.

—¡De animales, doctor! —exclamó la muchacha.

—¡Qué demonios importa ahora!

—¡Y es ciega! —Isabela no podía concebir que aquella criada fuera la solución.

Don Gustavo negó tres veces con una furia que sólo él podía justificar.

—¡No, no, no! Bajo ningún concepto. En esta casa no entrará nadie que venga de ese pazo.

—Señor Valdés, no hay más remedio. ¡Necesito ayuda! —clamó el médico—. Ciega, tuerta o como sea.

Don Gustavo salió de la habitación, pero a los pocos minutos volvió con los labios cosidos. De su boca sólo salieron dos palabras:

—Que venga.

Isabela voló a buscarla ante la angustia del médico. Doña Inés tenía las pupilas dilatadas y hasta el cabello parecía haber encanecido de repente. La criada le había soltado el moño y el pelo le caía hasta los hombros.

—¡Señora, respire, respire profundo!

Pero doña Inés sólo podía gritar de dolor y morderse los nudillos para soportarlo. La tripa, dura como una piedra.

—No me gusta que esta sangre haga espuma —dijo el médico.

—¿Qué quiere decir? —preguntó don Gustavo.

—No es habitual, pero pasa.

A don Gustavo no le importaba si era habitual. Sólo quería saber qué rayos significaba que la sangre fuera espumosa y si su mujer podía morir.

—Doctor...

El médico estaba preparando una inyección.

—Doctor —insistió—, ¿se va a morir?

Cubedo levantó la cabeza y lo miró como si hubiera conjugado un verbo maldito.

—No se le ocurra volver a hacerme esa pregunta.

Don Gustavo se acercó a la cama y su mujer lo miró a los ojos con la tristeza que deja el infortunio. El señor empezó a hilar los sucesos de su vida como si el tiempo se estuviera agotando, como si el futuro fuera de una escasez

sombría, como si haber faltado a su esposa tuviera esa penitencia insoportable. Su pecado había sido dejarse vencer por el instinto. Pero sólo fue con Renata, ¡sólo con ella!, rugió su conciencia.

—Dame la mano, Gustavo.

Hasta la voz de doña Inés le sonó desconocida.

Se llevó los dedos a la boca para besarlos y recordó las primeras noches en esa misma alcoba, donde consumaron el amor con el que la vida los había bendecido.

—Doña Inés, voy a inyectarle un coagulante.

El doctor Cubedo rompió el silencio impuesto en la habitación, pero don Gustavo había dejado de escuchar. Nunca sospechó que necesitaría redimir la culpa ni que sentiría en vida la condena. No es que quisiera quitarle hierro al suceso, pero podía jurar por todos sus muertos de Cuba que nunca había dejado de querer a Inés desde el primer día que la vio con dieciséis años, fresca como un amanecer. El eco de la otra mujer, sus gritos de placer, los gemidos a escondidas retumbaron contra las paredes del pazo.

—Doña Inés, la hemorragia parece controlada. Voy a meter la mano para ver cómo viene el niño. Respire hondo.

El doctor apenas tardó unos segundos en confirmar que el niño venía de nalgas.

—¿Por qué demonios no llega la criada de la Sardina? —gruñó.

Había perdido la pulcritud y la elegancia con esa camisa gigantesca remangada hasta los codos y las dos vueltas de la cinturilla del pantalón.

En ese momento, Isabela entró en la habitación guiando a la partera de animales. Empapadas, las mujeres parecían dos fantasmas transparentes. El médico y el señor se asustaron al verlas como una funesta aparición.

—¡Santo cielo, santo cielo! —gritó el médico—. ¡Dais pavor!

La partera, de nombre Mariña, se fue acercando hasta la cama y detuvo sus ojos nívicos en doña Inés. Colocó la mano sobre su vientre, fue escurriéndola hasta la entrepierna y, en un gesto impropio de una criada, apartó de un manotazo a Cubedo.

—Déjeme a mí —dijo.

—La criatura viene de nalgas —repuso el médico.

—¿No me diga? Lo noto a la legua.

Mariña empezó a organizar a unos y a otros con una destreza insospechada.

—Isabela, abre las ventanas. ¡Aquí hay concentración de demonios! —exclamó—. Doctor, masajee la barriga en el sentido de las agujas del reloj.

La joven se quitó la ropa mojada, pidió un camisón o lo que tuvieran y se arrodilló a los pies de la cama. Tenía cara de niña pequeña, ni siquiera de adolescente, manos de topo y esa mirada, siempre a oscuras, de quien nunca había visto la cara de la muerte.

Con unas artes entrenadas en los partos de vacas, ovejas y perras agarró las nalgas de la criatura y fue tirando de ella hasta separarla para siempre de las entrañas de la madre. Doña Inés nunca sabría qué profundo llegaría a ser el vacío.

—¡Es una niña! —exclamó al palparla.

—¡Una niña! —repitió Isabela.

—¡Una niña viva! —replicó la voz del doctor Cubedo.

—Una niña... —se oyó decir a don Gustavo.

En aquel instante, el señor Valdés no supo qué sentir ni qué pensar.

Era la primera niña que llevaría el apellido Valdés. Durante tres generaciones, las hembras se habían resistido como gato panza arriba.

Doña Inés estaba blanca como la leche. Parecía haber perdido el sentido. Sólo balbuceaba palabras que nadie entendía.

—Señora, aguante, que ya está aquí su niña.

La joven ató el ombligo con una seda y lo desinfectó con unas gotitas de alcohol. Justo entonces, la niña lloró.

Isabela se la llevó corriendo al barreño y, mientras la limpiaba, preguntó:

—Don Gustavo, ¿cómo la llamamos?

—Dejémonos de nombres ahora, mujer —contestó el doctor Cubedo.

La criada de Espíritu Santo se acercó al médico a una distancia poco prudente.

—Perdone, doctor... —dijo—. También es urgente pasar a esta niña por la Virgen, no vaya a ser...

—¡No seas pájaro de mal agüero! ¡Ya está bien de malos augurios, *carallo!* ¡He dicho!

Isabela puso punto en boca, pero redicha e insistente como ella sola, a los dos segundos volvió sobre sus palabras.

—Usted será médico y yo criada, pero se la entrego a la Virgen con nombre como está mandado.

Dicho esto, la envolvió en unas sábanas limpias y echó a correr escaleras abajo. La noche repitió el eco de las palabras de la partera:

—Isabela, ¡se llamará Carolina!

Quién lo había decidido, no lo supo. Pero eso era lo de menos. Como lo de menos fue que, en vez de Carolina, Isabela oyera Catalina y que con Catalina, nombre de mártir, se quedara para siempre.

La capilla del pazo, de granito robusto y tejado a dos aguas, quedaba a escasos veinte metros de la entrada principal. La criada abrió la puerta de madera y, arrodillada ante la figura de la Virgen del Carmen, pidió como

las devotas de la parroquia por la pronta recuperación de doña Inés y el buen futuro de su hija.

—¡Mire qué *filla* le traigo! Se llama Catalina. Acójala, señora Virgen del Carmen. Y cuide de la madre. Yo le prometo no faltar ni un domingo a misa.

La acercó a los pies de la imagen y la sostuvo unos minutos en alto. Cerró los ojos para rezar lo que se sabía de memoria y, cuando los abrió, creyó ver a la Virgen llorando.

—Dios mío, qué cruz. ¡Qué cruz! —exclamó Isabela con el miedo en el estómago.

A don Gustavo también le dio por llorar. Besó a su mujer en la frente y se retiró al mirador de Cíes. No recordaba haber pasado tanto miedo en los días de su vida. Ni cuando salió de Cuba. Ni cuando se jugó hasta el último real en el aserradero. Ni cuando recibió las noticias de las muertes de sus familiares. Una detrás de otra.

Nunca.

—¡Don Gustavo! —gritó la partera Mariña—. ¡Don Gustavo! ¿Está usted aquí? —preguntó.

Pero nada.

Don Gustavo parecía haberse evaporado de este mundo. Desde el mirador tenía una panorámica perfecta de la finca en la que se alzaba el imponente pazo. La capilla, el hórreo, los hermosos jardines oscuros como el horizonte a esas horas de la mala noche de Punta do Bico. Al fondo, lindando con las cuadras y la *palleira* de los aperos del campo, la casa de los guardeses. Una luz tenue de candil arrumbado en una esquina iluminó la estancia de suelos de piedra, destartalada y sucia. Don Gustavo pudo identificar el cuerpo retorcido de la Renata, en posición de parto.

Como los animales de Mariña.

La silueta dibujaba a una mujer que aullaba al aire,

con gesto doliente, el pelo desordenado sobre la cara, las palmas de las manos abiertas empujando la tierra como si quisiera que se abriese bajo ella y su cuerpo expulsara la cría que llevaba dentro.

Los gritos y el dolor se los quedó para ella.

Sin más testigos que la mirada lejana del señor Valdés, la Renata alumbró a otra niña a la que llamaría Clara. De apellido llevaría el de Domingo, Alonso, y de segundo Comesaña, el de su madre.

Clara Alonso Comesaña.

—¿Señor Valdés?

—Estoy aquí, muchacha —musitó.

Mariña se guio por la voz, se acercó a él y le tocó la espalda. Estaba temblando desde la nuca hasta los tobillos.

—¿Le traigo agua? —volvió a preguntar la partera con preocupación.

—No hace falta.

—Vaya con su mujer.

Todo hombre, por imponente que sea su fortuna, su fama o su linaje, acaba cometiendo un error. El señor Valdés se acercó a doña Inés y clavó los ojos en el vientre de su esposa. En la mirada llevaba prendido el peso de haberlo cometido.



## CAPÍTULO 2

---

El silencio no volvió al pazo de los señores Valdés hasta entrada la madrugada, antes de despuntar el día y la primera tormenta de la mañana. El reloj tocó las campanadas de las tres cuando doña Inés acabó por rendirse a los efectos de una sedación suave que el doctor Cubedo le fue administrando en un pañuelito regado con cloroformo que sacó de su maletín. Isabela cumplió las órdenes con obediencia.

—Nada de molestar a la madre —le dijo—. Te plantas la niña al pecho y que chupe, que chupe y que chupe.

La criada protestó porque sus pechos estaban secos, pero el médico erre que erre hasta que la partera intervino.

—Doctor, también soy ama de cría. Me vendrá bien esta niña para que no se me corte la leche.

El médico se volvió hacia ella sorprendido por la revelación y le preguntó si estaba vacunada. La joven asintió con la cabeza.

—Que no se hable más. La chica amamantará a esta niña hasta que doña Inés se recupere. ¿Puedes valerte?

—Doctor, no haga de menos a una ciega, que no por ciega es tonta.

—Pues no se hable más —repitió Cubedo.

—¿Cuándo despertará mi esposa? —preguntó don Gustavo.

—De momento, déjenla dormir tantas horas como quiera el cloroformo.

—¿Y luego? —insistió la nodriza.

—Luego le conceden un día más, pero si la señora pide ver a la niña, que la vea y se la ponga al pecho.

Don Gustavo hizo otro intento de protestar pero, de la misma manera que claudicó la primera vez, claudicó la segunda.

El médico se acercó a doña Inés, la destapó, vio sus pechos inflamados. Apretó uno de ellos y un líquido amarillo y espeso se vertió del pezón.

—Este calostro le aguantará. ¡Está llenita, la pobre, llenita de leche!

A Isabela se le escaparon las lágrimas. Ella era de llorar mucho y a deshora, cuando no tocaba. Tenía a la niña en los brazos, enrollada en las sábanas. Debía de pesar menos que un gato.

—Y tú —dijo el médico acercándose a ella—, haz una manzanilla y le das unas cucharaditas con azúcar para que haga caca.

—¿A la señora?

—No, hija, a la niña. ¡Qué poca mollera, Dios mío!

El doctor fue recogiendo todos los artilugios que habían quedado desperdigados en el suelo de la habitación y los metió en su maletín. De un bolsillo, sacó un bote a medias de tónico Koch para enriquecer la sangre.

—Que lo tome al despertar —dijo dirigiéndose a quien lo estuviera escuchando—. ¡Esto es para la madre! —precisó—. Que hay que decirlo todo.

Sentía el cansancio hasta en las pestañas.

Antes de marcharse se comprometió a volver mediada la tarde, «cuando me recupere de este sopor», añadió. No recordaba una noche así desde los años mozos en los que podía pasar hasta tres días sin pegar ojo asistiendo a ancia-

nos, curando a niños o al que se pusiera enfermo, que lo mismo daba que fuera joven, viejo, hombre o mujer. Siempre estaba a la orden del naufragio de turno con más vocación que un cura.

Don Gustavo lo acompañó hasta el portalón de la entrada principal.

—Señor Valdés, tendrá una niña preciosa. No tema. Y recuerde: Dios no se ceba con los buenos. Sólo los acecha para hacerlos mejores.

El médico se refería a la buena fama de los señores. Todo Punta do Bico los tenía en alta consideración: eran los mejores patrones, los más generosos y los únicos que no alardeaban de la inmensa fortuna de su pasado y de su presente. Pero, sobre todo y desde tiempo ha, los Valdés eran justos. Sólo así se explicaba que durante décadas los lugareños hubieran explotado sus tierras sin robarles nada. O robándoles poco. Que es otra forma de honradez.

—No sé de qué me habla —contestó el señor.

Don Gustavo, aún aturdido por el parto de la Renata, lo entendió por el lado de su pecado y temió que Dios estuviera acechando a su familia a modo de advertencia. O que el médico supiera algo y que se lo hubiera contado a don Castor, el cura, y que el cura, que era un poco lenguaraz, se lo hubiera comentado, así como quien no quiere la cosa, a las señoras de la parroquia o a los señores de la Sardina y que, llegado el momento, ellos lo utilizaran para desestabilizar su matrimonio y hundir su buena reputación.

—Ande y vaya a dormir. Se quedó usted tamañito.

Don Gustavo lo siguió con la mirada hasta que el doctor Cubedo se perdió en la noche con su maletín y su ropa aún húmeda. Los perros de la finca se acercaron desorientados, no eran horas para el señor, y le chuparon los tobi-

llos. Cerró la puerta y, al darse la vuelta, encontró a Mariña a los pies de las escaleras. Al lado, Isabela sostenía a su hija en los brazos.

—Señor Valdés, la niña ya chupó y está tranquila, pero dentro de unas horas tendrá hambre de nuevo. El ama de cría debería quedarse a dormir en el pazo. Si no es molestia...

—Sí, será lo mejor —admitió—. Pero déjeme verla antes...

Se aproximó a su hija y la besó en la frente. Olía a hierro fundido y a semilla de almendra. Olía amarga, a sangre seca.

—Isabela, disponga de las habitaciones del fondo y vayan a descansar. Antes, abra las ventanas para que entre el limón del boj. Esta niña huele a rayos.

Isabela se la acercó a la nariz. Olía a ella.

—De acuerdo, señor. Prepararé ahí la cuna.

—Y dejemos descansar a la señora. A buen seguro que muy pronto podrá atender a su hija.

—Así haremos, señor. ¿Precisa algo?

Don Gustavo se retiró sin contestar.

Se descalzó antes de entrar en la habitación del matrimonio. Abrió la puerta con cuidado para no hacer ruido, aunque en realidad daba igual porque doña Inés seguía tal cual la habían dejado. De pie, erguido frente a ella, dejó que las lágrimas se derramaran por su rostro sin molestarse en enjugarlas. De cerca, doña Inés tenía el gesto del dolor tatuado en los labios, el pelo revuelto, todavía apelmazado por el sudor, los brazos escondidos bajo la sábana. La retiró y sintió pudor al verla desnuda y vacía. Al menos estaba limpia de la sangre derramada.

Encendió un cigarro que encontró en la mesita redonda del mirador junto al puñado de periódicos que acostumbraba a leer antes de dormir.

Si cerraba los ojos, aún podía oír a su abuelo don Jerónimo dictando su última sentencia con aquella voz ronca de ron y puros:

—Volveré a España y a mi provincia y a ese mirador que diseñé hacia el atardecer de Cíes para morirme con el sol.

No cumplió su deseo porque el viejo no volvió de Cuba, adonde había emigrado tras la traición de los primeros señores Vidal Quiroga, más conocidos como los señores de la Sardina. Con su abuelo había empezado todo.

Don Jerónimo fue el primer Valdés que se hizo rico en la familia con los barcos de la sal que hacían la ruta desde las salinas de la bahía de Cádiz hasta los alfolíes gallegos. A principios del siglo XIX la conserva de la sardina comenzó a demandar ingentes cantidades de sal y don Jerónimo olió el negocio antes que nadie. Los señores de la Sardina, catalanes reubicados en la costa atlántica, se convirtieron en sus mejores clientes. También servía sal a otros locales, pero había que reconocer que los Vidal Quiroga lo hacían mejor. Pescaban con técnicas nuevas, y perfeccionaron la salazón y el prensado. Eso les permitía conservar la pesca más tiempo y venderla a troche y moche desde el sur de Francia hasta Levante, pasando por Barcelona y cruzando el Mediterráneo hasta el litoral italiano.

Los señores de la Sardina necesitaban media fanega de sal para la salazón de un millar de sardinas. Eso permitió a don Jerónimo crecer y crecer e invertir en más flota para hacer más rutas. Llegó a transportar más de treinta mil metros cúbicos de sal, lo que suponía cien desplazamientos al año. Todo se multiplicaba en la familia. Las ropas. Los caprichos. Los libros que llegaban a la provincia. El arte. Las alhajas para la abuela de Gustavo, doña Sole Guz-

mán. Las lámparas que adornaban la primera casona y acabaron luciendo en los salones del pazo. Porque fue por aquel entonces y fue por la sal que los Valdés originarios compraron el pazo de Punta do Bico a unos hidalgos arruinados a los que don Jerónimo no les regateó ni un real porque bastante tenían con haberlo perdido todo.

Todos lo conocían como el pazo del lugar de Espíritu Santo porque se alzaba sobre la loma que llevaba ese nombre. Se accedía por un sencillo camino de *xabre*, sombreado por castaños que le otorgaban una luminosa majestad. Don Jerónimo quedó fascinado por sus imponentes muros de granito labrado en las canteras de Vincios. Con el paso de los inviernos, el musgo fue salpicando las zonas sombrías donde el sol raramente llegaba a acariciarlo.

Nada podía ir mal, o esa impresión daba, pero las cosas se torcieron por culpa de las sucesivas guerras y los ataques de los corsarios franceses, que convirtieron el mar en un territorio peligroso hasta el punto de provocar la retirada de la flota portuguesa y comprometer seriamente a la española. En esa supervivencia de piratas estaba don Jerónimo cuando un vecino de la provincia, cuyo nombre no se puede pronunciar porque da gafe, pasó a ser de la noche a la mañana el mayor comerciante de sal del Reino de España. Promovió contratos leoninos con las salinas del Puerto de Santamaría que impidieron que alguien más metiera mano. Así que don Jerónimo se apresuró a vender su flota a buen precio, pero descubrió que el vecino en cuestión iba a medias con los señores de la Sardina y aquello le hizo ácida la sangre. No por nada en especial, don Jerónimo ya era rico, sino porque vio clara la jugada: los señores de la Sardina querían quedarse con todo, con la sardina y con la sal.

Don Jerónimo se retiró a su mirador de Cíes y pasó unos años dedicado en exclusiva a recibir a sus obreros. Parados

unos y contratados otros por la nueva empresa, se quejaban de todo. Las esposas le contaban historietas y chismes de la señora de la Sardina, pero él se tapaba los oídos y se entregaba al horizonte y a ver cómo los barcos llegaban a puerto preñaditos de la que tendría que haber sido su sal. También vio los naufragios y las penurias que la marea baja desnudaba en la orilla. Así hasta que un buen día se hartó de guardar silencio, dejó su Galicia natal y se embarcó rumbo a Cuba con su esposa, doña Sole Guzmán, y sus dos hijos, Pedro y Venancio, ya criaditos. A nadie le contó adónde iba. Arregló las tierras con los campesinos y juró no subir las rentas durante el tiempo que estuviera fuera. Si la sal le había dado fortuna, el azúcar le haría aún más rico.

Sin darse cuenta, el amanecer asaltó a don Gustavo dando cabezadas en la butaca. Se había quedado dormido con el cigarro entre los dedos, consumido antes de quemárselos.

—Don Gustavo, don Gustavo —le susurró la voz de Isabela.

Sobresaltado, abrió los ojos.

—Don Gustavo, ¿le subo el desayuno? Van a dar las ocho.

—¡La señora! —exclamó.

—La señora aún duerme —precisó la criada.

—¿Y la niña?

—La niña también está dormidita. La muchacha ya le dio su leche.

—¿Y Jaime?

—¡Todos están dormidos, señor!

—Debo ir a la fábrica. Es lunes —dijo estirando los brazos.

La criada salió del dormitorio y don Gustavo se dispo-  
nía a arreglarse cuando vio llegar a Domingo, el marido  
de la Renata. Iba como una cuba. Se retiró del mirador

para que el guardés no lo viera, pero lo siguió con la mirada. No había terminado de abrir la puerta de la casa cuando el hombre cayó redondo.

«¡Maldita sea! Debí deshacerme de ellos», pensó contrariado.

La Renata, con la criatura recién parida amarrada a su espalda y los pechos al aire, se agachó para abofetearlo hasta que el hombre recuperó la consciencia. Sobrecogido por la escena, don Gustavo abrió una rendija del ventanal y oyó cómo la mujer lo llamaba malnacido, desgraciado y a saber cuántas cosas más.

—¡Si te ve el señor, nos manda pa casa a los dos! —dijo antes de cerrar de un portazo.

Don Gustavo volvió a sentir que se le helaban los huesos. Lo siguiente que vio fue a la Renata correr hacia la entrada del pazo. Luego oyó la puerta principal. Y después las voces de las dos criadas. Intentó aguzar el oído, pero nada. Sólo le llegó un rumor lejano, un intercambio de palabras que no acertó a entender, alguna más alta que otra en la voz de Isabela y el ruego de la Renata de que no la alzara, «No vaya a ser que el señor nos oiga».

Y otra vez la puerta, que se cerró de golpe.

Y el silencio.

Al poco, las pisadas de Isabela precedieron al desayuno caliente.

—Señor, vino la Renata.

—¿Y qué dijo?

—Que parió una niña.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—Que se tome el tiempo necesario para recuperarse —concluyó el señor evitando cruzarse con su mirada.

—Dijo que no. Que no lo necesita.

El señor dejó la taza sobre la mesa del mirador.



—Que no entre en esta casa.

—No entiendo.

—No hay nada que entender, que no entre en esta casa —sentenció.

Las palabras de don Gustavo asustaron tanto a Isabela que no se atrevió a preguntar si debía decírselo a ella o a quién, si ahora o cuándo y, sobre todo, por qué. Se tragó sus dudas y se retiró a la cocina a preparar caldo de gallina para doña Inés y a esperar a que el pequeño Jaime se despertara para entretenerse con él y no pensar en nada más.

No sentía aprecio por la Renata. Quizá tenía celos de ella porque era hermosa y no había hombre que no apreciara su cuerpo. El señor siempre había sido amable y generoso con todos sus empleados, pero en especial con esa criada, a quien daba buenos aguinaldos y algún regalo de más. Incluso los había visto en animada charla en las tardes de verano, antes del tardío anochecer de Punta do Bico, aprovechando el tiempo que la señora entregaba a su hijo o a la lectura de los libros que llegaban desde la capital. Podía entender que sintiera asco por Domingo y que hubiera llegado a repudiarlo, pero, en realidad, sus borracheras no eran nada nuevo y en su descargo había que decir que sólo bebía el día que llevaba su nombre, como si quisiera homenajearse a sí mismo con el vino tinto de los pobres.

—Bastante cruz tiene la mujer.

El señor abandonó el pazo sin decir si volvería a comer, si estaría presente en la visita vespertina del doctor Cubedo, si quería que Isabela avisara a don Castor para que oficiara una misa por doña Inés en la capilla...

A la criada no le dio tiempo a preguntárselo porque se

esfumó como un espíritu camino de la fábrica, donde, como él había dicho, volvía a ser lunes.

Sin embargo, algo ocurrió antes de que atravesara la verja que siempre chirriaba. La Renata lo estaba esperando, apoyada en los muros de piedra. Le puso la mano a la altura del hombro, se acercó a su cuello y, con lágrimas en los ojos, le dijo cuatro cosas. Isabela nunca sabría qué, pero por si acaso se santiguó varias veces para espantar los demonios que se habían alojado en ese pazo.